

110
1895

febr 24

La Revolución por la Independencia en 1895

febr 19/54
El Cubano Libre

Por el General
ENRIQUE LOYNAZ DEL
CASTILLO

SINTESIS DE LOS ALZAMIENTOS DE IBARRA, JAGUEY GRANDE, GUANTANA- MO, BAYATE Y BAIRE

—0—

La catástrofe de Fernandina había dejado exhausto el tesoro del Partido Revolucionario. Pero no la decisión de sus dirigentes esclarecidos, ni el patriotismo de los emigrados, ni el de los comprometidos en Cuba para el alzamiento.

Martí había encargado a Juan Gualberto Gómez de la organización de los comités de acción revolucionario en aquellas comarcas de la Isla más propicias a marcar la sublevación.

En Camaguey, la ardiente fé revolucionaria habíase intensificado por el suceso de las armas que si en lo material significó la pérdida de doscientos fusiles, con su repercusión política acrecentó la fé de todos en la efectividad de recursos de la Revolución; que en vano los elementos pacifistas, bien hallados con sus relaciones coloniales, intentaron contrarrestarla con el viaje —por ellos costeados— de Alejandro Rodríguez a Montecristi para desanimar con pesimista información al General Máximo Gómez, bajo el pretexto de enterarle de la situación y de defenderle de un fracaso irremediable, que en el Camaguey encontraría...

El Marqués de Santa Lucía, Salvador Cisneros, permanecía fiel a la República, ya su lado se colocaban los representantes de la nueva generación: destacado por la impaciencia patriótica, Angel del Castillo y Mauricio Montejo, Paco Recio y Luis Mola, Ignacio Recio, León Primeles, los Boza y distinguidos jóvenes de la sociedad camagueyana.

En Oriente actuaba en primer término el ilustre Bartolomé Massó, al frente de las organizaciones de Manzanillo y Bayamo; Moncada en Santiago de Cuba, secundados por jóvenes de las principales familias, impulsados por Rafael Portuondo y Tamayo, y políticos ya fatigados de inútil esfuerzo autonomista, como Eduardo Yero Buduén, Diego Tamayo, etc. En Guantánamo Pedro A. Pérez realizaba el milagro de convertir a la causa de Cuba las antiguas, terribles escuadras, que en la guerra anterior fueron el sostén de la dominación española. Ruenes, y a su lado los Galano y los Lores sostenían en Baracoa la propaganda separatista. En Holguín el gran periodista José Miró Argenter encendía las almas con escritos que eran arengas revolucionarias y con él colaboraban los Feria y los Manduley.

En Las Villas dependíase de las órdenes del General Carrillo. A su vez supeditaba a las del General Máximo Gómez, y Serafín Sánchez, más impaciente que todos, tendía desde Cayo Hueso una red de emisarios para la sublevación.



TRIMONIO
CUMENTAL

CINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1

2

En la Habana y Matanzas multiplicaba sus esfuerzos, tesoneros, Juan Gualberto Gómez, valiente periodista, Delegado Revolucionario de Martí. Contaba él con el General José María Aguirre, de honrosos antecedentes guerreros y elementos nuevos tan valiosos como Martín Merrero, Antonio López Coloma, Pedro Betancourt, los hermanos Acevedo, Luis Mola, Alfredo Arango, Tranquilino Latapier, todos en espera de la orden suprema del General Julio Sanguily, cuyo valor mereció de Agramonte la inmortal jornada del rescate.

No faltaba a Juan Gualberto Gómez los recursos indispensables; algunos por contribuciones patrióticas y los más importantes procedentes de los secuestros temerarios de Manuel García, que lo realizaba a impulsos de un patriotismo para el que todos los medios parecieron buenos. Del último secuestro, el del señor Fernández de Castro, dispusieron los conjurados, cuando Martí se negó a aceptarlo para la Revolución; porque según escribió a Juan Gualberto Gómez: "La República debe venir pura desde la raíz".

Tal era la situación de los revolucionarios al recibirse en Cuba las noticias del desastre de Fernandina.

Entre los elementos coloniales, si bien causaron momentáneo y efímero júbilo, no dejaron de intensificar el pesimismo, ya desbordado por la miseria que la ley española de aranceles y la ley americana de Mac Kinley reservaban a la capital industria del azúcar y a todas las empresas de la Isla, ya en crisis agravada por la inseguridad en los campos y la efectividad revolucionaria en el exterior.

A estas causas de desintegración colonial vinieron a sumarse las desenciones entre los mismos españoles; inclinados unos los llamados reformistas a las transacciones con las aspiraciones liberales y los sentimientos nacionalistas de los cubanos, ya por la concesión de reformas, ya en el último extremo por la misma temida autonomía; los otros, aferrados a sus rancias tradiciones de dominación peninsular incondicional y a sus gobiernos absolutistas y despóticos.

En España, bajo el Gobierno Liberal de Sagasta, como antes bajo los Conservadores, no llegaban a repercutir las agitaciones de la Isla ni las enseñanzas de la historia, perdidas en el rumor infinito de las olas del océano. En la autonomía; ni asomo de pensamiento. Al intento progresista de las reformas de Maura, aspiadas por los elementos coloniales más caracterizados, surtieron el tímido ensayo de Abarzuza, entre la decepción de los unos y la ira de los otros.

Como en las vísperas de sucesos trascendentales la efervescencia revolucionaria en Cuba, envolvía a los jóvenes y a los veteranos de la gran guerra, que ya amolaban sus machetes, y del arca de la santa reliquia alzaban las viejas banderas consagradas por la gloria.

En tales momentos de general desconcierto, descontento y estupor en la Isla durante cuatro siglos martirizada, y de la crisis cursada por el desastre de las tres expediciones congregadas en Fernandina, Martí dió la orden para la Revolución. Lo hizo firmar también por el Gral. José Ma. Rodrí por el General José Ma. Rodr.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1

3

gue, en nombre del General Máximo Gómez, y por Enrique Collazo a nombre de los revolucionarios cubanos. Fijaba la sublevación para la segunda quincena de Febrero.

“Hay momentos en que el destino de un pueblo depende de hilo tan frágil como lo es una existencia humana”, escribió Jefferson Davis. El destino, y la vida misma, de la Revolución Cubana, dependía ahora de la vida magnánima y la energía maravillosa de José Martí. Como Bolívar sobre las ruinas de Caracas, Martí sobre la playa que sepultó el armamento de la Patria, afrontó de nuevo al destino, ideó, creó y organizó la Revolución.

Aceptando de las bolsas, apenas entreabiertas, de los cubanos ricos la contribución escasa que pudo lograr, miserable si se le compara con la necesidad y trascendencia de la hora crucial de la Patria, Martí voló a Montecristi a ponerse al habla con Máximo Gómez, como lo estaba, por enviados especiales, con Juan Gualberto Gómez y los demás revolucionarios de la Isla. Encargó a Juan Gualberto Gómez de reunir a los jefes de los distintos grupos conjurados de la Habana y Matanzas y representaciones de los de Oriente para acordar la fecha del levantamiento, dentro de la segunda quincena de Febrero. Y acordado fué para el 24 de Febrero de 1895. En Nueva York consiguió unos dos mil pesos de Doña Luisa Govín, esposa del Doctor Ramn Miranda, lo que sumado a los cinco mil obtenidos de Don Eduardo H. Gato, permitiéronle pagar las deudas contraídas y gastos del viaje, remitir dos mil pesos al General Maceo y reservar tres mil para la traslación de él y del General Gómez.

Desde la víspera del 24 Juan Gualberto Gómez congregó cerca de la estación ferroviaria de Ibarra a los conjurados de Matanzas, desorientados el 24 por la prisión del Gral. Julio Sanguily, destinado al mando del movimiento y del General Aguirre. Perseguidos y desconcertados tuvieron que rendir las armas.

Pero dos días antes del el General Bartolomé Massó habíase trasladado a su finca “La Jaquita” con numerosos conjurados en espera del amanecer del 24, en cuyas primeras horas ordenó al más intrépido, al heroico Amador Guerra iniciar la guerra con el ataque a los españoles en Cayo Espín, operación brillantemente realizada al mágico grito de Independencia.

En Guantánamo el Gral. Pedro A. Pérez secundado por valientes como Emilio Giró, Enrique Tudela, Enrique Brooks, Lino Dou, alzando la bandera de Cuba, tomaron por asalto el fuerte de Jamaica, poco después del medio día.

En Santiago de Cuba el General Guillermo Moncada reunió en el aserradero lo más granado de la juventud santiaguera, alzando las armas por la independencia en un último esfuerzo de su gloriosa vida ya en la agonía de la tisis.

En la plaza de Baire, Saturnino Lora, y sus hermanos Mariano y Alfredo congregaron al pueblo para la nueva pelea de la libertad. Extraviados por los consejos impuros de Beancourt Manduley, en lugar de la bandera de Cuba, alzaron una equívoca, española cruzada por dos fajas diagonales blancas y el grito tímido y acomodaticio de la autonomía colonial. En realidad lo que querían defender



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

4

y proclamar era la Independencia de Cuba, a pesar de la intriga autonomista que pretendió manchar y limitar la gloria del esfuerzo inicial. Falto de personal ambicioso, los Lora, con todos los sublevados de Baire de Jiguani, pusieron inmediatamente a las órdenes del bravo Brigadier Jesús Rabi, quien con las inmediatas acciones de los Negros y el Cacao, reverdeció sus laureles de la Gran Década.

El Gobierno Español, ante los brotes revolucionarios actuó con prontitud. Era hombre bien intencionado el General Callejas, Gobernador español de la Isla, pero inflexible en la determinación de conservar a todo trance esta lejana posesión para España. A las detenciones que ordenó en la Habana y en Oriente, sumó la del General Francisco Carrillo en Remedios en el momento designado para la sublevación. Las Villas quedaron a merced de las iniciativas de aquellos jefes menos comprometidos que un mes después se sublevaron: los Zayas, Quirino Reyes, Joaquín Castillo, Federico Toledo, etc.

En Camaguey, desorientado por la intriga de los hombres influyentes del autonomismo y Zanjón, disfrazados de revolucionarios unos y otros pa-

rástos torcedores de la voluntad y el sentimiento populares, pareció reacio al movimiento por la Independencia. De espaldas a su gloria perdió en acomodos y tanteos, la iniciativa libertadores que quiso Martí otorgarle con mi llegada a sus campos, malograda por la obstinación de Maceo en tenerme junto a él en Costa Rica. No fué sino hasta meses después cuando viniendo de Oriente la guerra cruzaba el Jobabo que el Camaguey se sublevó; un grupo pequeñísimo una docena de jóvenes con el Marqués y López Recio, Loynáz y otro grupo mayor, con Angel Castillo, Paco Recio y Mauricio Montejo.

Cursadas las órdenes para iniciar la guerra, Martí, Delegado de la Revolución y Máximo Gómez, nombrado por él General en Jefe del Ejército Libertador cumplieron el deber de declarar al mundo las causas y propósitos de la nueva guerra por la independencia. Tal fué el manifiesto de Montecristi, por ellos firmado el 25 de Marzo de 1895.

*El sublevacion Libre,
Feb 19/04*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA